



INTELECTUALES,
MEDIADORES Y
ANTROPÓLOGOS.
LA TRADUCCIÓN Y LA
REINTERPRETACIÓN DE LO
GLOBAL EN LO LOCAL

Mónica Martínez Mauri
Eugenia Rodríguez Blanco
(Coordinadoras)

7

¿ES EL DESARROLLO UNA VIOLENCIA ESTRUCTURAL? EL ESTADO Y LOS MEDIADORES EXTERNOS EN DOS PROYECTOS DE DESARROLLO EN REGIONES MULTIÉTNICAS DE MÉXICO

PIERRE BEAUCAGE

Université de Montréal

Durante el último decenio, se han escuchado muchas críticas contra la teoría y la práctica de lo que se llamó durante medio siglo “el desarrollo”. Hoy, la tentación es decir “borrón y cuenta nueva: ha muerto el desarrollo ¡viva la globalización!” En vez de ceder a esta tentación, quiero examinar aquí unos aspectos del desarrollo con un concepto poco usado hasta la fecha en este contexto, el de violencia estructural. A partir de los años 1970, el investigador noruego Johan Galtung lo definió como

“la extrema desigualdad, entre las naciones y dentro de cada una de ellas, en casi todos los aspectos de la vida humana, incluso el poder decidir sobre las condiciones de su propia vida; así como la resistencia al cambio de esta desigualdad” (Galtung 1990: 437).

El autor no incluye, sin embargo, un elemento indispensable; el “arma de los pobres” desde la “violencia de abajo” de las rebeliones y revoluciones hasta sus formas más discretas y cotidianas (Scott 1985) que se manifiestan de mil formas y con intensidad muy variable durante el proceso histórico. A este conjunto llamaremos propiamente resistencia. Completo el cuadro con el concepto de violencia simbólica, tal como lo define Bourdieu, para incluir todas las formas de

“esta violencia que extorsiona sumisiones, que ni son percibidas como tales porque se apoyan en expectativas colectivas, creencias inculcadas culturalmente” (Bourdieu 1994: 188).

Me interesan aquí principalmente a) el papel desempeñado en los procesos concretos de desarrollo por unos agentes externos, estatales y no-estatales (ONG) que llamaré “mediadores” y b) la dinámica de sus relaciones con “los de abajo”: autoridades locales, organizaciones, facciones políticas, campesinos y jornaleros de ambos sexos. Si el desarrollo es una violencia estructural, ¿donde se sitúan estos mediadores? He escogido dos experiencias prolongadas de desarrollo regional y comunitario en dos regiones multiétnicas del oriente de México: la Sierra Norte de Puebla (zona nahua) en la que participé durante varios años, y la Sierra de Santa Marta en Veracruz (zona popoluca), en la que tuve la oportunidad de hacer una investigación más breve. Para situar bien la violencia estructural en relación con la resistencia campesina e indígena, subrayo la importancia de una comprensión profunda de la cultura y de la organización social local, así como de las relaciones de cada grupo con una naturaleza culturalizada, por una parte, con un contexto económico globalizado, por otra parte.

INTRODUCCIÓN

A las dos regiones estudiadas, así como a la mayoría de las regiones habitadas del mundo, les alcanzó ya hace tiempo lo que Escobar llama el “régimen capitalista de la naturaleza”, caracterizado por el predominio del valor de cambio sobre el valor de uso (Escobar 1999). Se han estudiado bastante las consecuencias ecológicas de esta penetración: reducción de la biodiversidad debido a la deforestación y a la explotación excesiva de los recursos, empobrecimiento del suelo por la erosión, el monocultivo y el uso excesivo de fertilizantes y pesticidas. Por una parte, hay quienes hacen resaltar que muchos pueblos indígenas parecen resistir mejor a estas presiones de la economía industrial, de manera que diversidad cultural y biodiversidad parecen coincidir (Toledo 1997: 69; Boege 2005). Por otra parte, se reevaluaron numerosas prácticas agrícolas y pastorales: por ejemplo, un examen más detenido de la cafecultura ha revelado un conjunto de prácticas culturales, que mantienen la fertilidad del suelo y la biodiversidad, en los ambientes de bosque tropical de montaña (Rice, Harris, MacLean, coord. 1997; Taller de Tradición Oral y Beaucage, 1997).

A la vez, sobre todo desde la Cumbre de la Tierra, en Río de Janeiro (1992), la preservación e incluso la recuperación de la biodiversidad se han convertido en componentes necesarios de los enunciados de políticas de desarrollo. Es lo que se llamó desarrollo sostenible, definido como “un desarrollo que satisface las necesidades del presente, sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras de satisfacer las suyas” (CMMAD, 1988: 51.). Sin embargo, la aceptación casi universal de este concepto por gobiernos y empresas no se tradujo concretamente por una reorientación global del desarrollo planetario. Más bien parece que las políticas dominantes han “metabolizado” el desarrollo sostenible, como lo ha subrayado, entre otros, Arturo Escobar (1995).

Paralelamente, los pueblos indígenas exigían el reconocimiento de su especificidad cultural, que comprende unas relaciones particulares con el territorio y con el medio ambiente en la definición y evaluación de los objetivos y estrategias de desarrollo. Es lo que se ha llamado el *etnodesarrollo* (Bonfil Batalla, 1982), cuyo fin sería asegurar a la vez un bienestar de las comunidades locales, respetando sus valores, sin comprometer el ecosistema. Eso supone una cooperación estrecha entre esas comunidades y los mediadores externos: ecologistas, antropólogos, agrónomos y economistas (y también ¡que estos últimos puedan colaborar entre sí!)

Aunque numerosas experiencias hayan sido realizadas en este campo-frontera que unos denominan “*etnoecología*” (Toledo 1992) y otros, “*ecología política*” (Bryan y Bailey 1997), no disponemos todavía de ninguna verdadera síntesis. Con el fin de contribuir a una evaluación de estos esfuerzos hacia un desarrollo sostenible, compararé aquí datos que provienen de dos experiencias efectuadas con pueblos indígenas de México: respectivamente, *nahuas* de la Sierra Norte de Puebla y *popolucas* de la Sierra de Santa Marta, en el sur de Veracruz. Ambas experiencias duraron varios años, es decir aproximadamente desde 1975 hasta hoy, en Puebla, y de 1990 hasta 1997 en Veracruz. Yo estuve asociado directamente al proceso poblano como investigador entre 1979 y 1990, y, para la segunda, utilicé sobre todo los datos publicados por los investigadores del Proyecto Sierra de Santa Marta. Ambas tienen también en común de haberse desarrollado en

medioambientes comparables de selva tropical de montaña, donde predomina hoy el cultivo del café.

Distinguiré aquí tres tipos de intervención externa. El primero (Tipo A) se inscribe en el paradigma de la modernización que domina la problemática del desarrollo desde sus orígenes hasta los años 1970. Su postulado de base es que las culturas tradicionales comparten una tecnología y una economía rutinarias y poco productivas, una estructura social descentralizada y que son incapaces, de por sí, de reaccionar eficazmente frente a las nuevas oportunidades. También, que tienen un sistema de valores en el que predomina el fatalismo (Rostow 1963: 16-18). ¿Cuál es entonces el papel de los mediadores? Simplificando mucho, estos – y en particular los antropólogos – traducen para los administradores la cultura de los indígenas a la vez que explican a estos las ventajas de la agricultura comercial, de la educación moderna, y otros elementos de “aculturación planificada” (Bastide 1971: 33-64). Aunque después fue muy criticada, en los años 1970, este tipo de mediación, ha recuperado fama en los últimos años, entre los programas nacionales e internacionales de desarrollo. Bajo varios nombres, corresponde a la mayoría de las intervenciones en agricultura efectuadas en México, en particular desde los años 1980. Conforme a nuestra definición de la violencia estructural, está claro que forman parte de ella y su discurso despectivo sobre campesinos e indígenas participa de la violencia simbólica del sistema imperante.

En esta segunda forma de mediación (Tipo B), se podría decir que la tarea del mediador es inversa. Frente al fracaso de muchos proyectos modernizadores, este observa que las prácticas agroforestales indígenas pueden constituir un manejo global sostenible y productivo. Le incumbe ahora, después de haber estudiado cuidadosamente las culturas y los ecosistemas, sus límites y su potencial verdadero, presentar sus datos a las organizaciones de base, así como a los que toman las grandes decisiones económicas y políticas, para evitar catástrofes ecológicas y sociales (Villagómez y Vázquez, 1993). Este mediador de tipo B puede ser un antropólogo o un biólogo, o un representante de un organismo no-gubernamental (ONG) o el representante de una organización indígena o campesina. La idea que predomina aquí es que existe una cierta armonía entre la naturaleza y el grupo cultural, la que puede ser destruida por intervenciones tecno-

económicas intempestivas. Por lo regular, este mediador se auto-define, implícita o explícitamente, como formando parte de la resistencia contra la violencia estructural.

Sin embargo, a veces los sistemas tradicionales están exentos de contradicciones importantes a nivel ecológico. Por ejemplo, el crecimiento rápido de la población campesina puede reducir sensiblemente la efectividad de un modelo cultural de relaciones con el entorno: impulsando a abreviar los barbechos, o provocando una sobreexplotación de otros recursos en principio renovables como la madera o el agua. Tal era la situación observada en la Sierra de Santa Marta a principios de los años 1990. Si tal fuera el caso, el agente exterior que llamaremos de tipo C, debe reaccionar en dos direcciones. En primer lugar, ya sea investigador independiente o consejero de una organización, debe informar a los actores locales, comunidades u organizaciones sobre el potencial real, a corto o mediano plazo, de los sistemas productivos vigentes y de las acciones emprendidas en un determinado medioambiente (Renard, 1999). En segundo lugar, y con apoyo de estos, debe demostrar a los dirigentes la compatibilidad o la incompatibilidad de sus proyectos productivos o de infraestructura. Las dos facetas de su acción hace que la mediación del agente de tipo C sea siempre delicada, a menudo peligrosa y a veces imposible. Desde arriba, lo verán como un opositor al sistema, y, a veces, desde abajo, como un crítico poco deseable.

Cada forma de intervención elegida –o impuesta– implica necesariamente un modelo de relaciones entre tres grandes tipos de actores sociales: los sujetos sociales locales, el Estado y, por supuesto el –los– mediador(es), cada uno dotado de un estatuto social y de una misión especiales. Hoy en día hay que añadir la presencia de las grandes empresas extractivas o comerciales, privadas o públicas, energéticas, forestales, agroalimentarias, que tienden a marginalizar o eliminar totalmente las formas no-capitalistas de utilización de recursos para estandarizar los productos y los procedimientos. Mediante el examen de dos procesos de intervención, exploraré aquí los logros y los límites de estos tres tipos de mediación. Primero, caracterizaré brevemente, las regiones cafetaleras indígenas de México.

1. EL CAFÉ Y LOS INDÍGENAS EN MÉXICO

En México, se cultiva esencialmente el café en las sierras que rodean el altiplano central al noreste y suroeste, así como en Chiapas, en altitudes que varían entre 300 y 1200 metros sobre el nivel del mar. De los 283 000 productores actuales, hay alrededor 200 000 campesinos que cultivan parcelas de menos de dos hectáreas (Hernández Navarro, 1997: 79). En estas regiones cafetaleras, vive más de un millón y medio de indígenas, que pertenecen a 29 grupos étnicos (Toledo y Moguel, 1997: 169). Cultivan el café bajo sombra y la diversidad vegetal que se encuentra en el cafetal tradicional indígena lo convierte en una verdadera huerta. Los cafetales indígenas tradicionales corresponden a lo que Toledo y Moguel llaman “policultivo comercial” (*ibidem*: 166), donde se reemplaza la cobertura forestal original por la pareja Inga / Coffea arabica, a la que se añaden árboles frutales. Sólo una vez al año se desbroza el suelo, cubierto de hojas de Inga, lo que limita mucho la erosión por las fuertes lluvias. A nivel ecológico, la adopción de la cafecultura constituyó una solución a la presión creciente sobre la tierra, porque permitió un aprovechamiento permanente de tierras abruptas y rocosas que se hubieran erosionado rápidamente con el cultivo de cereales; a la vez, como hemos dicho antes, se mantenía en los cafetales indígenas un amplio abanico de plantas cultivadas y silvestres (Taller de Tradición Oral y Beaucage 1997). Por otra parte, las comunidades cafetaleras dejaron de ser autosuficientes a nivel alimenticio, aunque siguieron dedicando a los cultivos de subsistencia una parte significativa de sus tierras y de su trabajo (Beaucage 1973). Además, la integración al mercado trajo una subordinación creciente a las nuevas élites regionales criollas y mestizas, que tuvieron el papel de mediación económica, política y cultural. Esas élites promovieron activamente la agricultura comercial, gracias al crédito que se devolvía en café, extendieron el uso del español y de nuevos modelos culturales. Servían también de base de apoyo al poder central gracias a monopolio del Partido Revolucionario Institucional y los caciques regionales impidieron toda democratización efectiva de la vida política local (Paré, 1973).

2. MEDIACIÓN EXTERNA Y DESARROLLO SOSTENIBLE EN LA SIERRA NORTE DE PUEBLA (1974-1990)

A partir de 1974, el Estado mexicano emprendió un amplio programa de modernización de la cafeticultura, orientado sobre todo a aumentar su productividad. Se trataba de extender a este sector la “revolución verde” que transformó la agricultura cerealera de México después de la Segunda Guerra Mundial. Para ello, el Instituto Mexicano del Café (INMECAFÉ) fue remodelado y dotado de medios considerables, bajo la presidencia de Luis Echeverría (1970-1976). Para tener acceso al crédito, a los precios de garantía y de la asesoría técnica, los pequeños productores debían agruparse en Unidades Económicas de Productores de Café (UEPC), bajo la supervisión del Instituto. Esta iniciativa coincidió con una coyuntura favorable en los mercados internacionales. El sucesor de Echeverría, José López-Portillo (1976-1982), gracias a la nueva bonanza petrolera, aumentó aún el financiamiento de la agricultura.

A nivel medioambiental, el paquete tecnológico que se proponía/imponía a los campesinos implicaba: a) la extensión aún mayor de los cafetales, en detrimento de las zonas boscosas que quedaban y de los maizales, b) la intensificación del monocultivo, por la eliminación de las plantas asociadas, incluyendo muchos árboles frutales, y c) el uso de fertilizantes y pesticidas. Se fomentaba también la siembra de variedades de alto rendimiento (VAR), que no necesitan la sombra de los chalahuites (*Inga* spp.), eso, a pesar de las recomendaciones de varios investigadores preocupados por las consecuencias ecológicas de este cambio (Gómez Pompa, 1997: 8-9). Si bien es cierto que una hectárea de café en “pleno sol” puede producir hasta seis veces más grano que otra con sombra, también produce cuatro veces menos de materia vegetal en descomposición (*ibidem*: 12). Además, el cafetal “moderno” deja de ser un refugio para la avifauna (*ibidem*: 11). A nivel económico, los pequeños productores que se adhirieron al programa incrementaron sus ingresos, ciertamente, pero también su dependencia del mercado donde compraban los insumos ahora indispensables, además de la mayor parte de su subsistencia (Early, 1982; Beaucage y Montejó, 1984). Por otra parte, los créditos a la producción permitían a los pequeños productores escapar a los usureros y a los intermediarios. Después de

una resistencia inicial, la tendencia progresiva fue remplazar el café criollo por las nuevas variedades que producían más, y más rápidamente, y utilizar cada vez más fertilizantes químicos y herbicidas (estos, para reducir el tiempo y el costo del deshierbe).

Sin embargo, la acción del Estado no se limitaba a INMECAFÉ. Al mismo tiempo, la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH) apoyaba a las organizaciones emergentes en el campo del crédito, de la comercialización, y del consumo. Aparecieron Sociedades de Producción Rural (SPR), Asociaciones Rurales de Interés Colectivo (ARIC), Uniones de Ejidos, cooperativas locales y regionales como la Tosepan Titataniske. Estas organizaciones, a diferencia de las UEPC disponían de cierta libertad de acción para elaborar sus programas, frecuentemente con la ayuda de mediadores externos de origen diverso: la Iglesia Católica, ONGs, grupos políticos de oposición, etc.

Así fue como llegó un segundo grupo de mediadores: eran agrónomos y trabajaban dentro del “Plan Zapapoaxtla”, estructura creada en 1974 por la SARH, en cooperación con la universidad agrícola de Chapingo, para coordinar el desarrollo regional en la Sierra. Compartían con sus colegas de INMECAFÉ la concepción modernizadora. La “diferencia indígena”, sea técnica, ecológica, lingüística o ritual era globalmente considerada un pasivo que había que liquidar a mediano o largo plazo. Lo positivo era la cohesión interna de las comunidades y su experiencia de lucha. Se orientaban a la izquierda y consideraban que el enemigo principal del campesinado indígena era la burguesía agraria-mercantil concentrada en las cabeceras municipales, articulada a los monopolios nacionales y extranjeros y que disponía de apoyos fuertes a nivel estatal. Mientras que el Estado Federal que los empleaba era un aliado táctico. Según esta lógica, era ante todo necesario consolidar a las organizaciones independientes y estas sólo podían crecer si respondían a las aspiraciones de la gente de los pueblos. Contrariamente a INMECAFÉ, promovían la diversidad agrícola (pimienta gorda, cítricos, miel) para reducir la dependencia hacia un producto único, sin incluir todavía la problemática ecológica.

El tercer grupo, PRADE (Promoción Agrícola y Desarrollo Educativo), era una ONG y difería de los anteriores en varios puntos importantes. En primer lugar, sus miembros definieron progresivamente tres objetivos de trabajo: democracia local (“autodesarrollo”), revitalización cultural (“etnodesarrollo”) y respeto del entorno (“eco-desarrollo”). Conformaban ese grupo cristianos comprometidos con la justicia social, religiosos y laicos. Eran en su mayoría maestros y pertenecían a la tendencia “Iglesia de los Pobres”, para los que la mejora de la condición de los pobres es conforme al mensaje de Cristo (Sánchez 1985: 293). Se proponían reevangelizar a las comunidades en la perspectiva social propuesta por Vaticano II. También se vieron confrontados con las élites regionales, cuyo monopolio económico y político se veía amenazado (sobre el papel de estos actores en otras partes de México, ver Hernández Díaz 1987, Norget 1997; Legorreta Díaz 1998).

En lo que se refiere al desarrollo sostenible, la mediación de ambos grupos, tanto de los cristianos comprometidos como de los agrónomos progresistas, era de tipo B. Unos y otros unieron sus esfuerzos para crear la Sociedad Cooperativa Agropecuaria Regional Tosepan Titataniske (SCARTT), con el fin de asegurar el abastecimiento de artículos de primera necesidad a precios subvencionados y la venta a buen precio de productos locales. El cambio de las técnicas de producción en las parcelas era una preocupación secundaria. La perspectiva modernizadora se manifestó a través de la ejecución de proyectos de infraestructura: almacenes, despulpadoras y, sobre todo la red de carreteras regionales. Por su lado, los miembros de PRADE, integrados en una comunidad, la de San Miguel Tzinacapan, pusieron en marcha varios proyectos: aducción de agua potable, clínica, preescolar, granja-escuela secundaria.

En la Sierra, esas organizaciones de productores empezaron a negociar con el Estado y sus grandes agencias (INMECAFÉ, la Secretaría de Agricultura) echando las bases de nuevas identidades entre el campesinado indígena, como “cafetalero”, y “cooperativista”. Estas organizaciones, así como sus asesores/mediadores, se definían como parte de una resistencia a los proyectos estatales, y definían sus líneas de acción en asambleas democráticas.

En resumen, entre 1975 y 1988, la combinación de un mercado internacional favorable para el café, de la intervención reguladora del Estado (mediación de tipo A) y de la intervención de mediadores de tipo B para defender los intereses de los productores se tradujo por un alza sensible del nivel de vida de los campesinos nahuas de la Sierra baja (Beaucage y Montejo, 1984). Por ejemplo, en 1970, los campesinos cambiaban un kilo de café cereza por un kilo de maíz; diez años más tarde, obtenían cinco kilos de maíz por cada kilo de café.

Los pueblos se dotaron de acueductos y de caminos transitables y fueron integrados a la red nacional de electricidad. Una mayor circulación monetaria permitió a los indígenas el acceso a una amplia gama de productos manufacturados: nuevos alimentos, ropa, transistores e incluso televisores. Los jóvenes se independizaron cada vez más temprano y pedían a sus padres un solar y un terreno donde hacer sus propias plantaciones. En los cafetales medianos (1-2 hectáreas) se acudió cada vez más a la mano de obra asalariada. Esta se hacía más escasa y cara, puesto que varios abandonaron las actividades agrícolas, para dedicarse a la construcción, al transporte, etc. Los más escolarizados se orientaban hacia los nuevos empleos recién creados en los campos de la educación y de la salud. Hoy día, los mayores añoran aún esos “años de maravilla”.

Sin embargo, los problemas se iban acumulando poco a poco: la inflación se aceleró hasta alcanzar el 145% a nivel nacional, en 1987, disminuyendo el ingreso real de los cafeticultores, que seguía aumentando nominalmente. A nivel nacional, la economía especulativa reemplazaba la producción e INMECAFÉ ahorra mucho retrasando de algunos meses los pagos debidos a los agricultores y la entrega de créditos. Al mismo tiempo, las intervenciones políticas del Partido-Estado (PRI) dentro de las organizaciones socavaban su autonomía y tendía en propagar prácticas de corrupción y de clientelismo características del aparato político.

Por otra parte, el ecosistema de la cafecultura, situado a la frontera del bosque tropical de montaña y de los pinares y encinares de la Sierra alta, sufrió varias transformaciones. Ya hemos dicho que INMECAFÉ recomendaba a los campesinos la eliminación de los

frutales y de la sombra, para maximizar la producción de café: las variedades de alto rendimiento, crecían, con fertilizantes, más rápidamente sin la sombra protectora de los Ingas. Pero la proliferación de hierbas obligó el uso de herbicidas. La Tosepan Titataniske y PRADE, al contrario, apoyaban la diversificación de cultivos, pero los precios alcanzados por las naranjas o el mamey no podían competir con el café cuando el mercado era óptimo. Solamente la pimienta gorda tuvo éxito, gracias al mercado europeo de la perfumería. Disminuyó mucho la producción maicera, cuyo rendimiento era diez veces inferior, por hectárea, al café. Globalmente la producción cafetalera tendía al monocultivo, y permaneció bajo el control de INMECAFÉ. La región de Cuetzalan llegó a depender del exterior por un 80% de su consumo global de cereales (Mora, S. com. pers.1984). Toda la Sierra baja se hubiera convertido en una inmensa plantación de *Coffea arabica* sin la resistencia de los campesinos quienes, apoyados por los dos grupos de mediadores de tipo B, seguían sembrando parcelas de maíz, plátanos y con cierta arboricultura diversificada que permitía tener algún ingreso fuera de la temporada del café: mangos y zapote mamey, cosechados en mayo, pimienta gorda, en agosto, naranjas, en septiembre y octubre.

3. LA CRISIS DE LOS MERCADOS

Este modelo de crecimiento económico regional se interrumpió bruscamente en 1989. Desde mediados de los años 1980, sin embargo, el Estado mexicano, bajo la presión de sus acreedores internacionales, redujo drásticamente sus intervenciones en la economía a favor del “libre mercado”, entre otros en el campo. En 1989, se dismanteló INMECAFÉ y se abandonaron los programas de apoyo a la cafecultura a cambio de programas asistenciales a corto plazo, y a sabor político (“Programa Nacional de Solidaridad – PRONASOL”). A la vez, entre 1989 y 1993, los productores de la Sierra Madre Oriental tuvieron que enfrentarse a una baja catastrófica de los precios del café, cuando el gobierno estadounidense se negó a ratificar el Acuerdo Internacional del Café (Hoffmann y Salée, 1993; Hernández Navarro, 1997; Olvera, Hoffmann y Millán, 1997). A esta nueva violencia estructural se añadió la de la naturaleza, con una helada

catastrófica, en 1989. Una nueva subida de precios, a partir del 1994, sólo duró tres años y le siguió una depresión duradera.

La Tosepan Titataniske, que había pedido prestadas fuertes cantidades de dinero para comercializar el café, evitó de milagro la bancarrota (Beaucage, 1992). Los campesinos tuvieron entonces que buscar nuevas salidas. Muchos de los jóvenes se fueron a trabajar a la ciudad, las mujeres como sirvientas, los hombres como ayudantes de albañiles. Entre los adultos que quedaron, algunos siguieron en la vía trazada por los modernizadores. Conservaron, entre las nuevas variedades, las más adaptadas, como la caturra, pero redujeron o suprimieron los abonos químicos que resultaban demasiado caros. Se encontraron entonces en clara desventaja en relación con los que habían conservado sus cafetos criollos: estos, sin fertilizantes, producen más que las variedades de alto rendimiento. Sin embargo, se generalizó el uso de herbicidas que permiten ganar tiempo durante el desyerbe, reduciendo así los costos de producción. Otros se olvidaron de los cafetales y sembraron maíz; esa opción se había vuelto rentable después de la supresión de los subsidios a los granos básicos y la “liberación” de los precios: subió el precio de los cereales a la vez que bajaba el del café. De 1990 a 1993, se necesitaban de dos a tres kilos de café cereza para comprar un kilo de maíz, o sea una situación más desfavorable aún que antes de la intervención estatal. Otros cafeticultores, por fin, animados por organizaciones no-gubernamentales (ONG), se especializaron en “café orgánico” o intentaron diversificar sus cultivos con pimienta gorda (*Pimenta dioica* L) Merrill), vainilla, plantas ornamentales o maderas preciosas.

Hace algunos años, se estimaba que menos del 10% de la superficie plantada de café seguía el modelo del monocultivo “pleno sol” que promovió INMECAFÉ (Gómez Pompa 1997: 9). Entre el 20 y 30% de los cafetales lo eran bajo la sombra exclusiva del chalahuite. Mientras que más de la mitad se encontraba bajo cobertura vegetal diversificada (Toledo y Moguel, 1997: 6). Además, la gran mayoría de los cafeticultores son campesinos que también se dedican al cultivo del maíz y a la fruticultura. ¿Cuál ha sido, entonces, el impacto a largo plazo del programa de modernización y de las fluctuaciones de precios sobre la sociedad indígena y la economía campesina? En particular, ¿qué resultó de la labor de los mediadores externos de los diferentes

tipos? ¿Hubiera podido amortiguar la crisis de la agricultura campesina la adopción de una política coordinada de diversificación, agrícola y medioambiental, por parte de los actores externos? Es posible crearlo. Desde 1990, se había vuelto más rentable vender naranjas, mamey y mangos en el mercado nacional, que cosechar café cuando nadie quería.

Los cuatro años de crisis profunda del mercado (1989-1993) incitaron a los consejeros de la Tosepan Titataniske a reorientar su estrategia de intervención en una dirección opuesta. La asociación de campesinos para negociar con las agencias gubernamentales, tan exitoso antaño, perdía su relevancia con la retirada del Estado, conforme al modelo neoliberal. Tras un último (e infructuoso) intento de diversificación mediante el cultivo de la canela, se decidió incrementar la productividad de las plantaciones de café, con el fin de producir de forma rentable, incluso en un mercado deprimido. La cooperativa regional adoptó la línea de intensificación de la cafecultura que era la de INMECAFÉ y que antes combatían. A pesar de algunas advertencias, adoptaron una intervención de tipo A. La recuperación de los precios, a partir de 1994, pareció justificar esta opción, que excluía prácticamente toda consideración ecológica. Pero, cuando apenas las nuevas plantaciones alcanzaban su plena capacidad productiva, en 1998, los precios se desplomaron otra vez y los campesinos se quedaron presos en el mismo círculo vicioso: producir café barato con insumos caros.

A nivel ecológico, nuestros datos de campo de 1999 muestran que, más allá de las variaciones entre los productores la biodiversidad vegetal en los cafetales nahuas de San Miguel es la más débil de las cuatro comunidades cafetaleras estudiadas en regiones indígenas de México (Potvin, Melzi, Owen y Beaucage, 2005).

Al mismo tiempo, en una región bastante parecida, se buscaba una salida a la crisis en una dirección opuesta, como estudiaremos a continuación.

4. EL DESARROLLO SOSTENIBLE EN UN CONTEXTO DE CRISIS: 1989-1998 PRESERVAR EL MEDIOAMBIENTE CON LOS POPOLUCAS

En el mismo ambiente de crisis cafetalera, surgió un experimento muy distinto. Unos investigadores mexicanos y canadienses consideraron que era el momento oportuno para efectuar un estudio de conjunto sobre el desarrollo sostenible en un macizo montañoso del sur de Veracruz, la Sierra de Santa Marta. En 1988, el gobierno mexicano había decretado la existencia de una Reserva Especial de la Biósfera (Paré y Velásquez, 1997: 9). El equipo multidisciplinario que tomó el nombre de Proyecto Sierra de Santa Marta (PSSM) fundó su investigación inicial en un enfoque etnoecológico tal como lo definía Víctor M. Toledo, es decir: “la evaluación ecológica de las actividades intelectuales y prácticas que un grupo humano efectúa durante su apropiación de los recursos naturales” (Toledo, 1992: 10). Dicho enfoque se oponía a la vez al productivismo desenfrenado que ha caracterizado el “modelo mexicano de desarrollo” y al conservacionismo “biocéntrico” para el cual la conservación de la naturaleza excluye prácticamente toda intervención humana (Ferry, 1992).

Más allá del diagnóstico, el equipo se proponía identificar y, luego, poner en marcha, con la participación de comunidades locales, modelos alternativos de gestión de los ambientes agrícolas y forestales con el fin de frenar el proceso de deforestación y erosión que se podía observar en la región. La investigación acción comprendió tres etapas: a) un diagnóstico etnoecológico (1990-1992), b) las experiencias y la puesta en marcha de una metodología participativa (1993-1995) y c) la discusión y la consolidación de los logros por los promotores locales a partir de 1995. (Paré y Velásquez, 1997: 10; Blanco Rosas 1997a: 14). Los agentes, esta vez, anunciaban claramente unos objetivos ecológicos que correspondían al tipo C, que quiere a la vez interactuar con los que toman las grandes decisiones y con los campesinos.

4.1. El diagnóstico etnoecológico

Tanto a nivel social como medioambiental, la Sierra de Santa Marta constituye un sistema complejo. La cumbre es todavía boscosa. Las

laderas norte y oeste se utilizan sobre todo como pastos, mientras que las laderas sur y sureste, donde viven los Popolucas están principalmente plantadas de cafetales en su parte superior (entre 600 y 1200 metros sobre el nivel del mar) y de maíz, debajo de 600 metros. Como en la Sierra Norte de Puebla, se cultiva el maíz con fines de subsistencia. Las mejores tierras, al sur, están sembradas en permanencia (milpas), pero también se practica la roza y quema (acahual), sobre todo en la ladera este de la montaña. El bosque pierde terreno continuamente y la tierra desbrozada, después de tres años de cultivos, a menudo se transforma en pasto pobre y poco utilizado, que las fuertes lluvias erosionan. Los sedimentos van a parar a los ríos y de allí, a las lagunas costeras. La producción local de cereales es deficitaria en relación con la demanda. Los popolucas son conscientes de una degradación paulatina de su entorno: hay menos animales silvestres, menos lluvia, más cosechas de maíz perdidas. Sin embargo atribuyen espontáneamente esta degradación a la acción irresponsable del Estado, que además de construir presas cerca de las fuentes sagradas elimina las divinidades del inframundo (serpientes y jaguares de piedra que guardaban la montaña (Blanco, Paré y Velásquez, 1996).

En el caso de la cafecultura, la problemática es diferente, puesto que, como lo hemos visto, los cafetales tradicionales pueden representar una alternativa sostenible a la cobertura forestal. Sin embargo, entre los cafecultores popolucas, contrariamente a los nahuas de Puebla, INMECAFÉ constituyó la única estructura de comercialización durante los años de bonanza (1975-1989). Cuando se retiró de golpe, el Estado transfirió una parte de las instalaciones a las organizaciones de productores quienes, de pronto, se vieron conceder la gestión de varias de ellas, lo que reclamaban desde hace años (Hoffmann et Sallée, 1993). Donde no existían, tales organizaciones se crearon del día a la mañana, para recibir la maquinaria: fue el caso de la Organización de productores de la Sierra de Santa Marta (OPSSM) y de la Organización de productores Arroyo Xochapa (OPAX), entre los Popolucas (Blanco Rosas 1997b; Jean 1997). Se puede explicar la ausencia de organizaciones campesinas por el hecho que los popolucas ya tenían organizaciones agrarias, los ejidos, y, como tales mantenían relaciones permanentes con la burocracia estatal.

Las organizaciones regionales como la unión de productores de Café de Veracruz (UPCV) tuvieron dificultades en sobrevivir a esta mutación súbita. Más aún las organizaciones locales fundadas precipitadamente. Cuando comenzó el PSSM, los campesinos estaban abandonando sus cafetales o los transformaban en milpas o en pastos.

4.2. La “intervención maíz”

Durante las asambleas del PSSM con los campesinos de varias comunidades, la cuestión maicera resultó prioritaria, debido a los altos precios relativos que habían alcanzado los cereales. Los principales problemas eran los daños causados por el viento y por los gorgojos que pican la mazorca cuando se está secando en la mata. Los mediadores culturales, querían a la vez luchar contra el empobrecimiento de los suelos, la deforestación y la erosión y fomentar la autosuficiencia alimenticia regional. Trataron de aumentar la productividad de las milpas mediante la introducción de variedades nuevas y de eliminar la roza y quema, estabilizando los acahuales con el empleo de abonos vegetales como el *Mucuna* spp. y la erección de barreras vivas alrededor de las parcelas. Se experimentó sembrar más densamente, con variedades de grano más pequeño y más tempraneras.

Sin embargo, desde el principio, dominó la cultura local sobre las exigencias agronómicas de los mediadores. Los campesinos se empeñaron en sembrar a tres granos por cada montículo de tierra y en hacer estos a un metro uno de otro, mientras que se les recomendaba sembradíos más densos, y con un solo grano. Poco acostumbrados al trabajo colectivo, los campesinos se ocuparon poco de las parcelas experimentales en cada comunidad. En las parcelas individuales las pruebas dieron buenos resultados: las plantas no fueron tumbadas por el viento y maduraron más pronto. Pero eso, únicamente en las mejores tierras. En los suelos más erosionados, las nuevas variedades –salvo una– no dieron ni un grano. Además la mayoría de los productores dejó secar sus mazorcas en el campo hasta febrero, como de costumbre. Los pájaros, los mapaches y los tejones se cebaron con este maíz más tierno, y los gorgojos hicieron lo mismo en los tapancos (graneros) después de la cosecha. Así que sólo el 20% de los

campesinos conservaron los granos mejorados como semilla para el año siguiente (*ibídem*: 62). Sin embargo, el mediador principal observó que los campesinos tradujeron no sólo en lengua popoluca, sino también en cultura popoluca las características culturales de la nueva variedad Texcoco, que se dio bien, y la promovieron espontáneamente cuando las condiciones fueron propicias.

Los popolucas también tenían experiencia previa de cerca vivas para limitar la erosión y las utilizaban alrededor de sus patios cultivados (Gutiérrez, Buckles y Arteaga 1997: 99). El PSSM propuso de extender esta técnica a los acahuales, plantando hileras de cocuite (*Gliricidia sepium*) que seguirían las curvas de nivel. Una vez resuelto el problema de la formación de los promotores, este programa fue un éxito donde la planta escogida se desarrolló bien. Se observó una retención de los suelos de 2 a 10 centímetros (*ibídem*: 106). Frente a estos resultados, los campesinos construyeron barreras de troncos y ramas en las nuevas parcelas quemadas.

También para frenar la erosión, el PSSM quiso extender la siembra en surcos horizontales siguiendo las curvas de nivel, tal como hacen los campesinos del altiplano, que aran con mulas o bueyes. Pero los popolucas practican la roza y quema en fuertes pendientes y prefieren trabajar “cuesta arriba”: se enorgullecen mostrando los surcos bien rectos que siguen la pendiente. Se negaron rotundamente en modificar este aspecto de su cultura del trabajo: “¡Los vecinos se van a burlar de mí! ¡Van a decir que ya no sé trabajar! (cit. por Gutiérrez, Buckles, Arteaga 1997: 107). Incluso los promotores indígenas, que parecían dispuestos en adoptar el nuevo modelo de labranza, declararon que sus ayudantes se negaban a hacerlo.

A este factor de orden cultural que venía limitando la lucha prevista contra la erosión, hay que añadir dificultades de orden social. Los pueblos popolucas tienen títulos ejidales que los gobiernos actuales quieren remplazar por la propiedad privada. Las comunidades están divididas al respecto. Por eso, varios campesinos se niegan a invertir sus energías para mejorar terrenos que, según ellos, podrían tocar a otros si se dividen los ejidos (*ibídem*: 10).

4.3. La intervención forestal

Para los investigadores, era prioritario preservar e incluso aumentar las zonas boscosas, reduciendo los nuevos desbrozos. Pero, como lo mencionamos arriba, los campesinos no ven la relación entre la deforestación y la esterilización progresiva de los suelos. Frente al interés inmediato de producir maíz para sus familias, había que mostrarles la rentabilidad de la explotación sostenible del bosque. Para ello, se eligió promover a la vez el cultivo de la vainilla “orgánica” (*Vanilla planifolia* L.), el de la palmera camedor (*Chamaedorea* spp.) así como la colecta de hierbas comestibles y medicinales, todos compatibles con el mantenimiento de la cobertura forestal.

Se decidió formar una Asociación de Productores y comprar retoños de vainilla (esquejes) para su distribución. Los campesinos, en particular los nahuas, lo sembraron rápidamente en sus parcelas en descanso; estaban muy interesados en marcar así sus tierras porque un rumor decía que una gran empresa papelera iba a venir a expropiarlos para transformar esta zona, de dudoso estatuto legal, en una enorme plantación de eucaliptos. Este entusiasmo desbordante trajo como consecuencia la dificultad de asesoría técnica. Y la apariencia rústica de la vainilla engaña. Para dar una producción interesante, necesita mucho cuidado: determinada insolación, fertilización del suelo y sobre todo, durante la floración, fecundación manual, operación que requiere un aprendizaje. La mayor parte de los campesinos, preocupados por sus milpas, olvidaron prácticamente sus retoños después de plantarlos, limitándose a comprobar de vez en cuando que seguían creciendo. Las más atentas fueron un grupo de mujeres que plantaron cerca de casa la vainilla cuyos brotes vendían después al PSSM. En la parcela experimental, sin embargo, de la que se ocupaban los hombres, el trabajo delicado y aburrido de la fecundación se hizo sin cuidado. Como las plantas no florecían, pasado el plazo normal de tres años, empezaron a reclamar al PSSM y el interés bajó. Cuando por fin se iba a cosechar, después de cinco años, una invasión súbita y masiva de la parcela experimental por la chinche roja incitó al responsable a aplicar insecticida, perdiéndose de golpe el acceso al mercado orgánico, con una pérdida de 20 \$ el kilo (Paré 1997: 164). La asociación, debilitada por estas dificultades imprevistas, pero quizás no imprevisibles se disolvió.

Por contraste, el otro cultivo alternativo en medio forestal, el de la palma camedor (*Chamaedorea* spp.), comenzó más despacio pero sí pudo prosperar hasta hoy. Contrariamente a la vainilla, ya existe una red local de comercialización. El principal problema para los campesinos recolectores era que la planta escaseaba. La sobreexplotación se había agravado debido a la crisis del café. También daba lugar a conflictos entre comunidades nahuas y popolucas, cada uno acusando a sus vecinos de venir cortar palma dentro de sus tierras ejidales. Este último problema proporcionó a los mediadores del PSSM su puerta de entrada. Pudieron reunir a los miembros de tres ejidos para discutir sobre sus conflictos y, sobre la base de una investigación ecológica, les propusieron volver a plantar palmas en los lugares propicios donde estaban sobreexplotadas casi al punto de extinción. Poco propicia a la agricultura, la zona optima para el camedor constituye una especie de barrera natural que limita la expansión de la agricultura hacia la cumbre de la montaña. Mediante remuneración, los campesinos plantaron un vivero de palma y aprovecharon para llevarse plantas a sus propios acahuales y cafetales. Los más entusiastas parecen haber sido los cafeticultores popolucas, que no tenían palma camedor en sus parcelas (o la habían acabado) y a quienes sus vecinos nahuas acusaban de venir a robar las suyas. Rápidamente se constituyó un saber local sobre como preparar los granos para activar la germinación y cuanta sombra dar a los retoños para un crecimiento óptimo (Ramírez 1997: 196-199).

Así fue como el cultivo del camedor se desarrollo siguiendo dos ejes paralelos. El de los grupos organizados en el marco de los ejidos para repoblar los sitios tradicionales, y el esfuerzo espontáneo de los pequeños propietarios y ejidatarios que lo incorporaron a sus parcelas.

Por el momento, no parece que el crecimiento de la producción haya conllevado una baja de precios a los productores. Sin embargo, los campesinos no controlan los mecanismos de comercialización del camedor. A lo más, los miembros de un ejido decidieron en asamblea que el comprador no tenía derecho de acceder a la comunidad hasta que las hojas hubieran alcanzado su tamaño óptimo, lo que limitaba también (decían) los riesgos de robo. En la misma línea, después de la captura de unos cuantos “ladrones de palma”, ejidatarios pobres, las autoridades locales les ofrecieron ingresar en la Sociedad popoluca de

palmeros, así como semillas gratuitas y un curso de formación por el PSSM... esperando que así se reducirían los robos en sus propias plantaciones. Aquellos formaron un nuevo grupo de productores.

4.4. La intervención “café”

La cafecultura nunca constituyó una prioridad para los mediadores del PSSM. Aunque se tratara del principal cultivo comercial de los popolucas, hemos visto que el cafetal indígena tradicional no presenta los problemas ecológicos que el cultivo de cereales por roza y quema. Los indígenas cultivan el café desde hace más de cincuenta años, es decir cuando se repartieron las tierras de la hacienda Los Andes. A principios de los 1990, su principal problema era de orden económico: los precios estaban en su punto más bajo. En este contexto, el objetivo que se fijaron los técnicos del PSSM fue frenar el abandono de la producción, mediante el aumento de la productividad (igual que para el maíz) y una mayor diversificación de las plantaciones. Después de la experiencia de INMECAFÉ, los agentes exteriores decidieron no introducir nuevas variedades, ávidas de insumos industriales, sino más bien fomentar los “intercambios de campesino a campesino”; se organizaron encuentros con otras organizaciones de productores, particularmente las que aprovechaban el nuevo nicho del “café orgánico” (Blanco Rosas, 1997b).

Las asambleas y las visitas a comunidades de Oaxaca y de Chiapas se llevaron a cabo como previsto, pero no tuvieron impacto notable entre los popolucas, donde la cafecultura prosiguió su descenso hasta el repunte de los precios en 1994. Los campesinos aceptaron, a pesar de todo, la sugerencia de sembrar una mata de maderas preciosas como el cedro y la caoba en sus cafetales: “Aunque no haya salida para estos, cuando estén altos, siempre nos podrán servir para las casas” me confió uno de ellos que no pecaba por exceso de optimismo.

De manera general hay que reconocer que las acciones emprendidas por el PSSM acerca de la cafecultura fracasaron. ¿Por qué motivos, en un sector clave de la economía rural regional y pese a la buena voluntad evidente de los agentes exteriores? Su propia evaluación enfatiza la falta de apoyo del gobierno, así como la inepticia y la

corrupción, tanto de los funcionarios encargados de repartir los créditos, como de algunos líderes indígenas. Sin embargo, se pueden identificar factores más profundos, de orden cultural.

4.5. Cultura e identidad popoluca

La identidad popoluca, concentrada en unos pocos municipios del sur de Veracruz, parece más “discreta”, menos fuerte y menos antagónica con el mundo no-indígena que la de los nahuas: *nunta jøiva* (“habla popoluca”) es la única manera indígena actual de designar a otro miembro del grupo étnico. A nivel social, las representaciones locales no estigmatizan a los « extranjeros de las ciudades, acaparadores de cosechas » como responsables de la pobreza, sino más bien a la desaparición de las divinidades protectoras. Una débil conciencia étnica y de clase parece corresponder a una mayor individualización de los actores (Olvera, Hoffmann, Millán, 1997).

Además, muchos de los pueblos popolucas actuales son de formación reciente, generalmente posteriores a la reforma agraria de los años 1930. Sus estructuras internas de funcionamiento (asambleas de ejidos, elección de autoridades) se definen por leyes y reglamentos del Estado más que por un fuerte consenso local. Se añade el hecho que, mucho antes de las propuestas del gobierno de privatizar los ejidos, la extensión de la cafecultura tuvo como consecuencia el favorecer la apropiación permanente de la tierra por familias, al contrario del cultivo itinerante del maíz con el sistema de roza y quema. Con el tiempo, creció la tensión entre los mayores, ejidatarios de derecho, que tienen plantaciones (bastante desiguales, por cierto) y los jóvenes avecindados, que deben pedir prestado a sus padres una parcela para construir su casa y hacer su milpa. El supuesto principio de igualdad de todos los ejidatarios choca con la preponderancia económica de los cafetaleros más acomodados. De hecho, estos son los que controlan las elecciones a la dirección del ejido, y los que se oponen a una redistribución de la propiedad común en la cual los avecindados quisieran verse incluidos. El marco legal estrecho (otra forma de violencia estructural) no impide la resistencia, sin embargo. Así, en un ejido que tenía problemas de linderos con su vecino, los campesinos “hicieron como” que estaban interesados en la parcelización/

privatización de la tierra, lo que les permitió tener los servicios gratuitos de un agrimensor que delimitó oficialmente el ejido. Pero nunca se presentaron en las reuniones subsecuentes, donde se iba a definir la privatización. La administración abandonó el caso...

Al llegar en la región, INMECAFÉ se dirigió espontáneamente hacia estos campesinos acomodados, quienes le sirvieron de correa de transmisión para establecer las Uniones Económicas de Productores de Café (UEPC), cuya existencia no pasó de ser meramente burocrática (como entre los nahuas de Puebla). Con el desmantelamiento de la agencia estatal, en 1988, fueron los mismos que heredaron las instalaciones y un capital de trabajo a nombre de una fantomática "Unión de ejidos". Los problemas de administración se acumularon, incluso después de la creación de una nueva asociación que, sin embargo, nació (aparentemente) bajo los mejores auspicios (Blanco Rosas, 1997b: 52-53; Jean, 1997).

En resumen, entre los popolucas, la difusión de las técnicas de cultivo de maíz ecológicamente apropiadas (según los criterios de los mediadores), tropezó con elementos culturales profundamente arraigados: como la "buena manera de sembrar" el grano. En la medida en que los elementos introducidos eran compatibles con esas costumbres, y cuando los resultados eran ventajosos a corto plazo (por ejemplo el maíz Texcoco, la replantación de palma camedor), la creación de una red de promotores fue suficiente para que el cambio se haga sin dificultad. Estos casos constituyen excelentes ejemplos de mediación de tipo C, de parte de los asesores. Mientras que para el café, las transformaciones impuestas por el Estado suponían la creación de una organización que, a diferencia de los nahaus de Puebla, no existía anteriormente por las razones expuestas antes; los esfuerzos tardíos para crearla apresuradamente resultaron vanos.

CONCLUSIÓN

La globalización ha alcanzado de pleno a los campesinos indígenas de las zonas cafetaleras de México. Sin embargo, su integración al mundo global es precaria y a menudo se hace en términos que ellos perciben como una degradación de su condición anterior. Mediadores externos

de diversa índole quisieron corregir esta situación, en un contexto nacional e internacional caracterizado recientemente por la inestabilidad. Los mediadores de tipo A, agentes de INMECAFÉ, presentes desde 1974 en la Sierra Norte de Puebla y en Veracruz, tenían como mandato aumentar la integración económica de los campesinos indígenas, incrementando su productividad. Privilegiaron una organización sectorial y vertical, las UEPC, que no tomaban en cuenta para nada la voluntad de la base campesina. El Estado coordinaba estrechamente toda la operación. Esta situación corresponde exactamente a lo que hemos definido en un principio como violencia estructural del estado, apoyada en la violencia simbólica del discurso desarrollista, y los mediadores participaban plenamente en ello. Durante el período de 1975 a 1988 el éxito de esta estrategia se debió esencialmente a un factor externo, al mercado internacional favorable, apoyado por la acción estatal.

Ya en este período, sin embargo, esta estrategia de monocultivo apareció a otros mediadores (que llamé de tipo B) como contraria a los intereses de los campesinos a mediano plazo. Unos y otros optaron más bien por un desarrollo diversificado, fundado sobre una organización popular, la Tosepan Titataniske, y que utilizaba los propios conocimientos agrícolas y ecológicos campesinos. Se puede interpretar este movimiento como una resistencia de la base frente a la violencia estructural del monocultivo. La táctica de los mediadores, y luego de la cooperativa, fue de apoyarse sobre el Estado central, modernizante, contra los caciques y la élite local conservadora. Se utilizó el financiamiento de la Secretaría de Agricultura para ocupar los espacios dejados libres por INMECAFÉ en lugar de enfrentarlo: encontraron salida para productos alternativos como la pimienta gorda, el mamey... La cooperativa regional, en la que se condensaba la mediación de tipo B, creció rápidamente, a nivel económico durante el mismo período, 1975-1988, y por los mismos motivos que las UEPC: mercados internacionales favorables y Estado interventor. Incluso tuvo una proyección política cuando el “candidato de la cooperativa”, un indígena, contestando el dominio tradicional de la élite mestiza, llegó a la presidencia (alcaldía) de la cabecera regional, Cuetzalan, entre 1986 y 1989.

La retirada del Estado de su papel motor en el campo, que culminó con el desmantelamiento de INMECAFÉ en 1989, en un contexto de recesión internacional, trajo como consecuencia la desaparición de todos los mediadores de tipo A y de la mayor parte de los de tipo B de la Sierra de Puebla. Ya hemos señalado que en este contexto de crisis, la respuesta de la Tosepan Titataniske, después de intensos debates, fue la adopción de la línea productivista que antes combatían, llegando a un predominio, sin contestación efectiva, de la violencia estructural impuesta por la política neoliberal del gobierno de Salinas de Gortari.

En la Sierra de Santa Marta, la historia de la intervención de mediadores externos se refiere no a la competencia entre mediadores de tipo A (agentes del gobierno) y los de tipo B (asesores de la organización) sino a la sustitución de los agentes de INMECAFÉ por otros que adoptaron una perspectiva de desarrollo sostenible a partir de la crisis de 1989. El objetivo primero de estos agentes de tipo B era frenar la degradación ambiental con la participación campesina. El examen de las diferentes iniciativas relatadas muestra que las múltiples motivaciones de los campesinos indígenas (aumento de ingresos, pero también apego a conocimientos, saber-hacer y concepciones de la propiedad) no coinciden espontáneamente con este objetivo; de allí los repetidos fracasos. Sin embargo, vemos como la difusión de cercas vivas para las parcelas de maizal y la producción de palma camedor, representan un éxito de intervenciones de tipo C, que toma en cuenta a la vez las limitaciones externas (mercado) y las orientaciones culturales internas. Sin embargo, no parece que se haya llegado todavía a atajar la tendencia dominante a la degradación del medio.

Uno de los resultados socioculturales imprevistos de las tres formas de mediación es que acentuaron, a mediano plazo, la fragmentación de las identidades indígenas comunitarias, reforzando diferencias entre los maiceros y los cafetaleros, entre cooperativistas y tradicionalistas, ejidatarios y avecindados, productores de vainilla y palmeros. Este proceso de descomposición-recomposición identitaria (Beaucage, 2001) constituye una nueva variable cultural de gran importancia, que deberá tomarse en cuenta en todo intento de mediación sociocultural. En efecto, esta fragmentación tiene también un impacto notable sobre el comportamiento de los campesinos frente al entorno. Esto permite

comprender porque la reacción de los productores a la retirada del Estado no fue homogénea. Algunos volvieron a las técnicas de antaño (desbrozar con machete, poner sombra de chalahuite y podar poco los cafetales) que requieren mucha mano de obra pero poco gasto en efectivo. Mientras que otros continúan usando insecticidas y herbicidas que permiten economizar la mano de obra pero exigen un gasto más importante. Se observa aquí una diferencia notable entre los dos grupos estudiados. Las plantaciones de los popolucas, situadas en un medioambiente similar, contienen un número mucho mayor de especies vegetales, ya sean cultivadas o no: eso refleja una adopción de la primera estrategia, en relación con la menor importancia económica de sus cafetales y quizás, una influencia de la presencia del PSSM. Por el contrario, entre los nahuas de Cuetzalan, la adopción generalizada de la segunda estrategia conlleva una reducción global de la diversidad vegetal en los cafetales: menos frutales, menos plantas útiles y más herbáceas.

¿Cómo contestar, en base a estos datos, a la pregunta inicial?: ¿Es el desarrollo una violencia estructural? Las comunidades campesinas e indígenas se encuentran hoy en un espacio económico abierto, que no se puede comparar con la situación de antaño. La violencia estructural principal proviene del mercado global, y de las fluctuaciones de precios del café y de los cereales, y en el mercado de divisas. Pero se puede distinguir también una violencia propiamente institucional. El Estado mexicano, después de haber impuesto desde arriba una modernización de los pueblos indígenas y de su economía, hace unos veinticinco años decidió que el país no tenía una vocación agrícola. Las diversas políticas elaboradas desde entonces hacia el mundo rural (PRONASOL, PROCAMPO, Oportunidades) tuvieron como fines permitir la sobrevivencia del 20% de la población que vive todavía de la tierra, a la vez que se aseguraba un flujo continuo de migrantes hacia las ciudades y los Estados Unidos. Este marco deja un estrecho margen de acción a los mediadores de tipo B, que se definen del lado de la resistencia: ¿cómo “resistir” a unas medidas que los campesinos ven como su única salida? Del mismo modo, la mediación de tipo C, ve cuestionada su relevancia: ¿cómo los investigadores y los mediadores pueden alertar a los poderes públicos sobre los efectos marginalizadores de políticas de tipo asistencialista (que son las que

dominan hoy en el campo), si estos efectos son precisamente los que buscan los que toman las decisiones políticas? Les/nos queda informar a los pequeños productores sobre las posibilidades y los límites de nuevos “nichos” que se presentan en los entresijos de la globalización, como el café biológico u otros cultivos llamados “alternativos”, y contribuir a la capacitación de las organizaciones en cuanto a la naturaleza de la economía y de la sociedad global de la que forman parte.

BIBLIOGRAFÍA

AGUILAR AYON, Álvaro (1986) *La comercialización de la pimienta gorda a través de la cooperativa agropecuaria “Tosepan Titataniske” en la Sierra Norte de Puebla*. Xalisco (Nayarit), Escuela Superior de Agricultura, Universidad Autónoma de Nayarit, Tesis profesional.

ARTEAGA, Lorenzo (1997) “Campaña de extensión de abonos verdes: 1992-1994” in *Gestión de recursos naturales y opciones agroecológicas para la Sierra de Santa Marta, Veracruz*. (Luisa Paré et Emilia Velázquez H., dir.) México, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM: 87-96

BASTIDE, Roger (1970) *Anthropologie appliquée*. Paris, Payot.

BEAUCAGE, Pierre (1973) “Anthropologie économique des communautés indigènes de la Sierra Norte de Puebla (Mexique). 1 - Les villages de basse montagne” *Revue canadienne de sociologie et d'anthropologie* 10 (1): 114-133.

- (1992) “Crise des subsistances ou des modèles explicatifs? À propos d'un mouvement indigène et de ses explications” *Anthropologie et sociétés*, Vol. 16 (2): 67-90.

- (2001) “Fragmentation et recomposition des identités autochtones dans quatre communautés des régions caféicoles du Mexique” *Recherches amérindiennes au Québec*, 31 (1): 9-20.

- (2005) “Développement durable et intervention externe; le cas de deux zones caféicoles du Mexique”. *Revue canadienne d'études de développement* 26 (2): 309-330.

BEAUCAGE, Pierre y María Elisa MONTEJO, (1984) “Rapports fonciers et rente foncière. Une étude de cas dans la Serra Norte de Puebla (Mexique)” in *Le café au Mexique et en république Dominicaine. Questions de rente foncière*. (P. Beaucage, A. Corten, M. E. Montejo et M.-B. Tahon). Montréal, Université de Montréal (Groupe de recherche sur l'Amérique latine): 4-30.

BLANCO ROSAS, José Luis, (1997a) *El proyecto Sierra de Santa Marta. Experimentación participativa para el uso adecuado de los recursos genéticos maiceros*. México, Fundación Rockefeller.

- (1997b) “Planeación participativa para el mejoramiento de la cafecultura.” in *Gestión de recursos naturales y opciones agroecológicas para la Sierra de Santa Marta, Veracruz*. (L. Paré y Emilia Velázquez H. coord.), México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México: 51-78.

BLANCO, José Luis, Luisa PARÉ y Emilia VELAZQUEZ (1996) “El tributo del campo a la ciudad. Historias de chaneques y serpientes” in *El ropaje de la tierra. Naturaleza y cultura en cinco zonas rurales*, Mexico, Plaza y Valdés Editores: 83-94.

BONFIL BATALLA, Guillermo, (1982) “El etnodesarrollo; sus premisas jurídicas, políticas y de organización” in *América latina: etnodesarrollo y etnocidio*. (Bonfil et al.) San José (C.R.), Ediciones FLACSO: 131-146.

BOURDIEU, Pierre (1994) *Raisons pratiques sur la théorie de l'action*. Paris, Éditions de Minuit

CHEVALIER, Jacques et Daniel BUCKLES, (1995) *Land Without Gods. Process Theory, Maldevelopment and the Mexican Nahuas*. Londres, Zed Books.

COMMISSION MONDIALE SUR L'ENVIRONNEMENT ET LE DÉVELOPPEMENT (CMED), (1988) *Notre avenir à tous*. Montréal, Éditions du Fleuve.

DURAND, Pierre (1975) *Nanacatlan. Paysannerie et lutte des classes au Mexique*. Montréal, Presses de l'Université de Montréal.

EARLY, Daniel K., (1982) *Café: Dependencia y efectos. Comunidades nahuas de Zongolica, Ver., en el mercado de Nueva York*. Mexico, Instituto Nacional Indigenista.

ESCOBAR, Arturo, (1995) *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton, Princeton University Press.

ESCOBAR, Arturo (1999) *El final del Salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogota, CEREC/ICAN.

GALTUNG, Johan (1980) *Peace and World Structure. Essays in Peace Research IV*. Copenhagen, Ejlers.

GOMEZ-POMPA, Arturo (1997) "Biodiversity and Agriculture: Friends or Foes" in: *Proceedings of the First Sustainable Coffee Congress*, September 1996 (Robert A. Rice, Ashley M. Harris et Jennifer McLean, dir., 1997) Washington, Smithsonian Migratory Bird Center: 1-17.

GUTIÉRREZ, Rafael, Daniel BUCKLES y Lorenzo ARTEAGA (1997) "Difusión de técnicas de conservación de suelos." in *Gestión de recursos naturales y opciones agroecológicas para la Sierra de Santa Marta, Veracruz*. (Luisa Paré et Emilia Velázquez H., dir.) Mexico, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM: 97-118.

HERNANDEZ-DIAZ, Jorge (1987) *El café amargo. Diferenciación y cambio social entre los Chatinos*. Oaxaca, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.

HERNANDEZ-NAVARRO, Luis (1997) "Café: la pobreza de la riqueza y la riqueza de la pobreza." in *Proceedings of the First Sustainable Coffee Congress*, September 1996 (R.A. Rice, A.M. Harris et J. McLean, dir.) Washington, Smithsonian Migratory Bird Center: 75-90.

HOFFMANN, Odile y Bertrand SALLÉE (dir.) (1993) *Les caféicultures mexicaines: la force de la tradition, les risques de la décomposition*. Géodoc no 39; Série Moca no 3. Université de Toulouse-Le Mirail, Toulouse.

JEAN, Hélène (1997) *Les caféiculteurs mexicains face au néo-libéralisme (1989-1995) de l'interventionnisme d'État à l'autogestion*

“forcé . Montréal, Université de Montréal, (Mémoire de maîtrise en anthropologie).

LEGORRETA-DIAZ, Maria del Carmen (1998) *Religión, política y guerrilla en Las Cañadas de la Selva Lacandona*. México, Cal y Arena.

OLVERA, Alberto, Odile HOFFMAN, Cristina MILLAN (1997) “Identidades fragmentadas: formas, actores y espacios de la modernización en el campo, el caso de la agricultura veracruzana.” in *Movimientos sociales e identidades colectivas* (S. Zermeño, dir.). Mexico, La Jornada Ediciones/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades - UNAM: 155-188.

PARÉ, Luisa (1973) “Caciquisme et structure du pouvoir dans le Mexique rural.” *Revue canadienne de sociologie et d’anthropologie*, 10 (1): 20-43.

PARÉ, Luisa (1997) “Manejo de acahuales con plantas nativas: vainilla, mamey y pimienta gorda.” in *Gestión de recursos naturales y opciones agroecológicas para la Sierra de Santa Marta, Veracruz*. (Luisa Paré et Emilia Velázquez H., dir.) Mexico, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM: 169-184.

POTVIN, Catherine, Claire OWEN, Saïd MELZI et Pierre BEAUCAGE, 2003: “Ecological and Socioeconomical Analysis of Four Coffee-Producing Villages of Mexico.” *Ecology and Society*, 10 (1), Art 18 (8 páginas).

RAMIREZ, Fernando (1997) “Cultivo y manejo de palmas del género *Chamaedorea*” in *Gestión de recursos naturales y opciones agroecológicas para la Sierra de Santa Marta, Veracruz*. (Luisa Paré et Emilia Velázquez H., dir.) Mexico, Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM: 185-212.

RENARD, Marie-Christine (1999) *Los intersticios de la globalización*. México, Centre d’études mexicaines et centro-américaines / Universidad de Chapingo.

RICE, Robert A., Ashley M. HARRIS y Jennifer McLEAN, dir., 1997: *Proceedings of the 1rst Sustainable Coffee Congress*, September 1996. Washington, Smithsonian Migratory Bird Center.

ROSTOW, W.W., (1963) *Les étapes de la croissance économique*. Paris, Seuil.

SANCHEZ, María Eugenia (1985) *Une communauté mexicaine en développement synergique 1973-1983*. Paris, École des Hautes Études en Sciences Sociales (Thèse de troisième cycle pour le doctorat en sociologie).

SCOTT, James C., (1985) *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven, Yale University Press.

TALLER DE TRADICIÓN ORAL y P. BEAUCAGE, (1997) "Integrating Innovation. The Traditional Indian Coffee Orchard in Eastern Mexico" *Journal of Ethnobiology*, 17 (1): 45-68.

TOLEDO, Victor (1992) "What is ethnoecology? Origins, Scope and Implications of a Rising Discipline." in *Ethnoecologica* 1: 5-22.

TOLEDO, Victor y Patricia MOGUEL, (1997) "Searching for Sustainable Coffee in Mexico. The Importance of Biological and Cultural Diversity." in *Proceedings of the First Sustainable Coffee Congress*, September 1996 (R.A. Rice, A.M. Harris et J. McLean, dir.) Washington, Smithsonian Migratory Bird Center: 163-173.

VILLAGÓMEZ, Yanga y Elena VÁSQUEZ, (1993) "La UCIRI, el café orgánico y la experiencia de un proyecto campesino autogestivo en la producción" *Cuadernos del Sur* 2 (5): 121-138.